

convertido en mármol frío, y la carne de aquella olla en bacallao. Viendo el capitán el suceso tan en su daño, echó á rodar la mesa de un puntapié, y con mucho enojo le dijo al cocinero soldado que si él no se hubiera puesto á jugar, ni nadie se hubiera atrevido á tales transformaciones, ni él se quedara burlado y sin comer; que echase el pescado al mar, y que de allí adelante no se encargase de guisar su comida, que él buscaría quien acudiese con mas cuidado. Con esto le volvió las espaldas muy enfadado, y el pobre soldado con muy grande flema llevó á un banco la encantada olla, y dió lo que estaba dentro á los forzados de él, y teniendo su piñata vacía en la mano derecha, al querer ir á llegar á su rancho, un esclavo á quien tocó parte en las tajadas de bacallao, quizá agradecido de la limosna que le habia hecho, le contó haber sido yo el autor de aquella maraña y el varon santo que convertía la carne en pescado, para mortificacion y continencia del capitán, y que él me habia visto hacer el milagro y la traslación de un sepulcro á otro. Yo, que estaba receloso de ser descubierto y andaba escondido para ver en qué paraba aquel alboroto, estaba tiempo del bando contrario, bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El soldado, así que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputación, puso por obra la venganza. Y llegando á mí y alzando el vaso y olla muy airoosamente, rompió los cascos de ella en los de mi cabeza, diciéndome: Señor soto-alférez, quien goza de las maduras, goce de las duras; y quien come la carne, roya los huesos. Yo caí sin ningun sentido sobre la cruz, adonde al ruido del golpe acudió mi amo y su capitán: informáronse del caso, y por ver que me bastaba por castigo el estar como estaba, pidió el capitán á mi amo que me despidiese luego que llegase á Palermo, porque quien hacia un cesto, haria ciento; el cual le prometió de hacerlo así. Fuéronse los dos á la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo ó letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un barberote media docena de burujones que me habian sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajándome muy bien la cabeza, me fui poco á poco á mi rancho. Leyóme la sentencia mi amo, dándome, aunque sobre peine, por haberle sabido bien la olla, su poquita de reprensión. Díjele que supuesto que me despedía, habiéndome sucedido aquella desgracia por acudir á su regalo, que me pagase lo que me debia, conforme al concierto que hizo conmigo en Mesina cuando me recibió. Preguntóme que si desvariaba con el dolor de la cabeza, porque él no habia concertado nada conmigo, ni de tal se acordaba, ni que á los abanderados se les daba otra cosa que de comer y beber y un vestido cada año. A estas razones le respondí algo enojado que él no me habia recibido para abanderado, sino para estar en la primera plana y para esguazar, y que no sólo no me habia dado el sueldo de la primera plana, ni los provechos del esguazo, ni puéstome en el avanzamiento que me habia prometido; pero que en lugar de cargo tan honroso, que me habia obligado á ser lamedor de platos y

marmiton de cocina, por lo cual me habia venido á ver en el estado en que estaba. Mi amo, despues de haberse reido un gran rato, me dijo: Señor Estebanillo, vuesa merced ha vivido engañado. El ser abanderado es oficio de la primera plana, cuyo sueldo tira el alférez. Si el esguazar ha pensado que no es otra cosa que comer y beber, será el ollazo que le han dado sobre la cabeza. El tutiplen es que vuesa merced es en todo y por todo otro Lazarillo de Tórmes; mas porque no te quejes de mí ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ves aquí dos reales de á ocho para ayuda de tu cura y para que esguaces en saltando en tierra y bebas un frasco de vino á mi salud. Yo los recibí, y le agradecí la merced que me hacia, y me fui previniendo para salir de aquel abreviado infierno, por estar ya cerca de tierra.

Tenia la ciudad y corte insigne de Palermo hechos grandes apercebimientos para recibir á su alteza serenísima por dar muestras de su valor y grandeza y por significar el gusto que tenia de que la viniese á mandar y gobernar tan gran príncipe, y tan lleno de perfecciones y excelencias, y así al tiempo que llegó cerca de su playa colmó el mar de balas, el aire de fuegos, la esfera de humos, y la tierra de horrores. Desembarcóse de su real al son de bélicos instrumentos de guerra, y acompañado de la nobleza ilustre de aquel reino y aplaudido de los habitantes, entró en una de las mejores ciudades que tiene el orbe y en uno de los mas abundantes y fértiles reinos de cuantos encierra la Europa. Tomó pacífica posesion de su merecido gobierno, y yo inquieto amparo de una pobre hostería, adonde en pocos dias quedé sano de la cabeza y enfermo de la bolsa. Mas como tras la tormenta suele venir la bonanza, así tras de una desgracia suele venir una dicha, que á haberla sabido conservar, harto feliz hubiera sido la que hallé á los ocho dias de mi desembarcacion; pues yéndome una tarde paseando por el cazaro de Palermo, admiracion del presente siglo y asombro de los cinceles, me llamó un gentilhomme que servia de secretario á la señora doña Juana de Austria, hija del que fué espanto del Otomano y prodigio del mar de Lepanto. Díjome que me habia encontrado tres ó cuatro veces en aquella calle, y que le habia parecido ser forastero, y estar desacomodado; que si era así, que él me recibiría de buena gana, y que me trataría como si fuera un hijo suyo en el regalo y en el traerme bien puesto. Pareciéndome el partido mas claro y menos sin trampa que el de esguazar, díjele que le serviría con mucho gusto, y dándole el nombre como al soldado que está de centinela, y negándole el tener padre ni ser medio romano, me vendí por gallego; y se echó muy bien de ver que lo era en la coz que le di y en la que le quise dar. Fuió siguiendo hasta su aposento, adonde, despues de haberme dado de merendar, me entregó la llave de un baul que tenia, depósito de sus vestidos y de una buena cantidad de dineros; que el hombre que llega á hacer confianza de quien no conoce, ó está jurado de santo, ó graduado de menguado. Y como mi

amo me puso el cabe de á palaleta, y yo tenia, tras de jugador, un poquito de goloso, fué fuerza el tirarlo, dándole toque y emboque al baul; el cual quedó libre de no hacer dos de claro por ser las sangrías pequeñas y de no mucha consideracion, por no darme lugar á mayor atrevimiento mi poca edad y el buen tratamiento que me hacia mi amo. Estuve con él cerea de un mes, que certifico que no fué poco, para quien está enseñado, como yo lo estoy, á mudarlos cada semana, como camisa limpia. Llegó un dia de fiesta, aderezábale una conocida suya las vueltas y valonas, y aun pienso que le almidonaba las camisas, siendo yo el portador de llevarlas y traerlas. Madrugó á oír misa, por ser dia de correo, y vió que yo me habia descuidado en no traerlas un dia antes, como siempre acostumbraba á hacer; dióme media docena de bofetadas, muy bien dadas, pero muy mal recibidas, diciéndome: Picaro gallego, ¿es menester que ande yo siempre tras vos diciéndoos lo que habeis de hacer? Como teneis habilidad para comer, ¿por qué no la teneis para servir, teniendo cuenta, pues no sois de los que buscaba Heródes, de lo que yo necesito para hacerlo, sin que yo os lo mande? Y diciéndolo esto, se salió de casa, y yo me quedé con mis bofetadas hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato muy alborotado, diciéndome que recogiera toda su ropa blanca y que me apercebiera, porque á otro dia nos habiamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al príncipe de Votera, yerno de su ama, que iba á aquella corte á ver el condestable Colona, su padre. Yo salí fuera á hacer lo que me mandaba; con doblado disgusto del que habia tenido, por no atreverme á volver á Roma y perder tan buen amo, aunque estaba algo en mi desgracia por el desayuno de las bofetadas. Encontré en la calle á un jornalero matante, que por haber gastado con él algunas tripas del baul, se habia hecho amigo, y lo era de taza de vino y de los que ahora se usan. Contéle todo mi suceso, y pedíle que me aconsejase en aquello que me estaba bien. Y despues de haber reportado el bigote y arqueado las cejas, acriminó mucho lo que mi amo habia hecho conmigo, diciéndome que no me tenia por mancebo honrado ni por hijo de hombre de bien, si no me vengaba. Y persuadiéndome que no fuese á Roma ni tratara de darle mas disgustos á mi padre, se resolvió en que me fuese con él á Mesina, y desde allí á Nápoles, y que para el viaje cargara con todo cuanto pudiera, que él me lo guardaria en su posada, y á mí me tendria oculto en ella hasta que se embarcase mi amo y los dos nos pusiésemos en camino. Pudo tanto conmigo la persuasion de este interesado verdugo, que me obligó á hacer una vileza que jamás habia pensado ni pasado por mi imaginacion; que tales amigos siempre incitan á cosas como aquestas, y una mala compañía es bastante á que el hombre mas prudente y de mejor ingenio tropiece en una afrenta y caiga en un peligro. Llevé toda la ropa que estaba fuera de casa, entreguéla á mi amo, y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en apres-

tar lo necesario para el viaje. Llegó el dia de la embarcacion, y como mi natural, aunque era picaril, no se inclinaba á hurtos de importancia, sino á cosas rateras, no determinaba, temiendo no me cogiesen en la trampa y me diesen un jubon sin costura. Quiso mi desgracia que estando ya resuelto de no hacer cosa por donde desmereciera y de ir acompañando á mi amo, entró en el aposento el Aquitofél consejero de mi estado y amigo de mi dinero. Díjome que cómo estaba con tanta flema, habiendo de partir las galeras á prima rendida y estando mi amo en la marina con el Príncipe, y el aposento solo, y la noche oscura. Yo, viéndome en tan fuerte tentacion y acordándome de lo que le habia prometido, le dije que todo lo que habia de sacar lo habia metido en aquel baul, y que por pesar mucho no habia podido cargar con él ni habia hallado quien lo quisiese llevar. El me respondió: No le dé cuidado eso, que aquí estoy yo que me llevaré sobre mis hombros, no solamente el baul, pero el arca de Noé; y arritmarse á él y echárselo á cuevas y salir del aposento, todo fué uno. Viéndole cargar con los Penates de Troya, sin ser piadoso Eneas, sino un astuto Sinon, tomé mi ferreruelo, cerré tras mí, y fuió siguiendo. Fué tan grande la ventura de mi amo, que al tiempo que iba á salir el baul por la puerta de la calle llegó al umbral de ella á querer entrar, y viendo que lo mudaban sin su gusto, me dijo: ¿Adónde vas con ese baul á estas horas? Yo, con mas desmayo de muerto que aliento de vivo, le respondí que á embarcarlo en la galera, adonde habiamos de ir. Replicóme: ¿Y sabeis vos en qué galera me embarcó yo? Respondíle: Señor, quien lengua ha á Roma va; demás que me habian dicho que vuesa merced estaba en la playa con su excelencia, y me mandaria adónde lo habia de llevar. Díjole á mi fingido palinquin que volviera el baul á su lugar; hizolo así, y no viendo la hora de ponerse en salvo por no ser conocido, se puso con brevedad en la calle. Díjome mi amo con rostro airado, ceñudo de ojos y amostazado de narices: ¿Quién os manda á vos sacar mi hacienda de mi casa sin tener licencia mía? Díjele: ¿Tan flaco es vuesa merced de memoria que ya se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas y el haberme dicho que no habia de andar tras de mí diciéndome lo que habia de hacer, sino que cuidase yo de lo que vuesa merced necesitaba, sin aguardar á que me lo mandase? Pues siendo esto así, y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos y dineros y que necesita de ellos para este viaje, no pienso que ha sido error hacer lo que vuesa merced me manda. Pidióme la llave; díselo, abriólo y reconociólo por todas partes, y volviéndolo á cerrar, me dijo: Señor Estebanillo Gonzalez, vuesa merced se vaya con Dios de mi casa, que no quiero en ella criados tan bien mandados, ni sirvientes tan puntuales, y que unas veces pequen de carta de mas, y otras de carta de menos; y agradezca que estoy de partida, que á no estarlo, yo le hiciera cantar sin solfa; y aun puede ser que lo haga, que no estoy muy fuera de ello, si no se me quita de delante. Yo,

temiendo que por haber intentado cazar gangas, no me enviase á cazar grillos, me salí del aposento, temblando de miedo, sin amo, sin dinero y sin haber cenado, porque lo poco que había acaudalado en ser cajero de aquella tesorería lo había gastado con mi valiente de mentira.

Viéndome que ya era irremediable lo hecho y que había sido ventura haber hallado tan buena salida, habiéndome cogido las manos en la masa, me fui á la posada de mi amigo, al cual hallé con una cara de deudor ejecutado. Contéle el despedimiento del cuerpo y el alma; y después de mas de media hora de paseo dando mas bufidos que un toro y echando mas tacos que un artillero, vino á parar toda la tormenta en mandarme azainadamente que pidiese de cenar á la patrona. Yo le dije: En cuanto á pedirlo, yo lo haría con todas veras; pero que en cuanto á la paga, había salido de casa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado y sin blanca. El me respondió: Pues cuerpo de tal con él, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dejar por la cena empeñado el ferreruero, que no me he yo de acostar haciendo cruces por sus ojos bellidos, habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arriesgándome, como me he arriesgado, no debiéndole ninguna amistad ni teniéndole obligación ninguna, que si me ha dado algunos reales, mas he hecho yo en pedirselos que él en dárme los. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara, y que ya hubiera hecho cubrir, no solamente una tabla, sino mas tablones que hubo en el templo de Salomon; que presumo que debe de ignorar que por mí se hizo la jácara de Zampuzado en un banasto. Fué tanta la risa que me dió el ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué á que pensase que hacía burla de él; por lo cual, dejando caer el ferreruero y habiéndome hecho conde de Puñonostro, arrancó la tizona, quizá por haberle yo negado la colada; pero como no he sido nada lerdo ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del rey, y con presteza á la calle, y entrándome en casa del cardenal Doria, arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme á firme, tirando ángulos corvos y obtusos á la puerta de la posada.

Hallé á la entrada de la del palacio al cocinero mayor ó de servilleta ó manteles de su eminencia, que se llamaba maestre Diego, y viéndome entrar tan presuroso y alborotado, me preguntó que qué era lo que traía. Yo respondí que un puñetazo junto al ojo y cien libras de miedo, porque me habían cogido entre dos para quitarme el ferreruero, y que me había dado tan buena maña, que me había librado de ellos, los cuales me habían venido siguiendo hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso y saber de dónde era, y cómo me llamaba, y si tenía padre ó amo, ó si era venturero. Satisfícele á sus preguntas, y recibíome por su pícaro de cocina, que es punto menos que mochillero, y punto mas que mandil. No me descontentó el cargo que me había dado, porque sabía, por experiencia de la embarcación, que es oficio graso, y ya que no honroso, pro-

vechoso. Regalábase mi amo á costa ajena, que es gran cosa comer de mogollon y raspar á lo morlaco. Tenían cada día pendencias él y el veedor, y á la noche sucedía con ambos aquello de en la caballeriza yo y el potro nos pedimos perdón el uno al otro. Yo llevaba, al tiempo que el reloj echa todo su resto, la comida de raspatoria á casa de mi amo, y á las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del jifero, al baratillo de la ropa vieja y usada; y lo restante del día me ocupaba en hacer burro de noria á un volteador asador, donde estaba cuatro horas como caballo del acerado, boca abajo y sin comer. Hacia de día entierros de leños y carbones, y á la noche sacaba los tales muertos á que fuesen refrigerio de vivos. Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo, que de esta suerte avanza quien sabe tan bien servir, y con tanta satisfacción de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, con tener de mi parte los cardenales, de que era el uno á quien servía, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso.

Quiso mi favorable estrella que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla á los años de su eminencia, y á mí por ser muchacho, ó quizá por saber que era chozno del conde Fernán González, me dieron el papel del niño rey de Leon. Estudiéle, haciéndole al que se hizo autor de ella que me diese cada día media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colación ligera con las unas, y esfregarme la frente al cuarto del alba con las cáscaras de las otras; porque de otra manera no saldría con mi estudio, aunque no era mas de media columna, por ser flaco de memoria; y esto que había visto hacer á Cintor y á Arias, cuando estaban en la compañía de Amarilis. Creyólo tan de veras, que me hizo andar de allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los días, y estudiando todas las noches, mascando pasas y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas y haciendo fregaciones de frente. Llegó el día de la representación; hízose un suntuoso teatro en una de las mayores salas del palacio; pusieron á la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo había de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros á cautivar me. Convidó el Cardenal mi señor á muchos príncipes y damas de aquella corte; pusieronse mis representantes de aldeas muchas galas de fiesta de Corpus, adornáronse de muchas plumas, y en efecto el palacio era un florido abril. Pusieronme un vestido de paño fino con muchos pasamanos y botones de plata y con muy costosos cabos; que fué lo mismo que ponerme alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del comun vocablo del juego del ajedrez, por no volverme á ver en paños menores, le dije á mi sayo: jaque de aquí. Empezóse nuestra comedia á las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título, por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo de él, que no me perdía de vista. Llegó el paso en que yo salía á caza, y fatigado

del sueño me había de recostar en aquella arboleda; y después de haber representado algunos versos y apartándose de mí los que me habían salido acompañando, me entré á reposar en aquel acopado y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga, pues aun no había entrado en él, cuando siguiendo una carrera que hacia la enramada, me dejé descolgar del tablado, y por debajo de él llegué á la puerta de la sala, y diciendo á los que la tenían ocupada hagan plaza, que voy á mudar de vestido, me dejaron todos pasar, y menudeando escalones y allanando calles, llegué á la lengua del agua, y desde ella á la sombra de la mar. Informáronme otra vez que di la vuelta á esta corte que salieron en esta ocasión al tablado media docena de moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de vino; y llegando á la arboleda á hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dijo el uno de ellos en alta voz: ¡Ah niño, rey de los cristianos! A lo cual había yo de responder, pensando que eran criados míos: ¿Es hora de caminar? Y como ya iba caminando mas de lo que requería el paso, no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido, mal podía hacer mi papel ni acudir á responder á los moros estando una milla de allí, concertándome con los cristianos, aunque no lo hice muy mal, pues salí con lo que intenté. Viendo el apuntador que no respondía, soplabá por detrás á grande prisa, pensando que se me habían olvidado los pies; y á buen seguro que no se me habían quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan danzante. Viendo los moros tanta tardanza, pensando que el sueño que había de ser fingido lo había hecho verdadero, entraron en la enramada, y ni hallaron rey ni roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos á darme voces, y otros á enviarme á buscar, quedando el guardian de mi persona y vestido medio desesperado, y ofreciendo misas á san Antonio de Padua y á las ánimas del purgatorio. Contáronle mi fuga al Cardenal, el cual respondió que había hecho muy bien en haberme huido de enemigos de la fe, y no haberles dado lugar á que me hiciesen prisionero; que sin duda me había vuelto á Leon, pues era mi corte, y que desde allí mandaría restituir el vestido; y que en el ínterin él pagaría el valor de él, y que así no tratasen de seguirme, porque no quería dar disgusto á una persona real, y mas en días de sus años. Mandó que le leyesen mi papel y que acabasen la comedia; lo cual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el autor de ella por tener tan buen fiador.

CAPITULO III.

Adonde se declara el viaje que hizo á Roma; lo que le sucedió en ella, estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió á huir tercera vez; entró á servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y cómo se salió de él por pasar á Lombardia con puesto de abanderado.

Aquella tarde iba tan en popa mi fortuna, que todo me sucedía á medida del deseo, pues así que llegué á la marina, oí dar voces á un marinero, diciendo: *A Na-*

poli, a Napoli. Preguntéle que cuándo se había de partir. Respondíome que ya estaba la faluca echada á la mar, y que solo aguardaba al patron, que había entrado en la ciudad á sacar licencia para ello. Estando en esta plática, llegó el dicho patron, con quien me concerté con brevedad, en virtud de una lucha que había hecho de lo mas alzado de la cocina, que sería de hasta cuarenta reales; y embarcándome con él en una barquilla, volviendo por instantes la cabeza atrás, llegamos á la faluca y echamos todo el trapo, y al cabo de seis días me hallé en Nápoles. Me fui aquella noche fuera de la puerta Capuana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde sin acacermé de qué poder hacer mención, llegué una mañana á una puerta de sus antiguos muros, y habiendo entrado en ella y considerando en el traje honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fui derecho á su casa, adonde fui muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo pródigo. Preguntóme mi padre que dónde había asistido el tiempo que había faltado de sus ojos. Hícele creer que había estado en Liorna sirviendo de paje á don Pedro de Medicis, gobernador de aquella plaza, y que me había venido con su gusto, por solo verle á él y á mis hermanas y por tirarme el amor de la patria. Hizo que me regalasen, y no poniendo en olvido mi buenas costumbres y habilidades, me dijo que se holgaba mucho de mi venida, pero que aquella misma tarde me había de buscar quien me enseñase oficio, aunque le costara cualquier cantidad, porque no quería que durmiese en su casa ni que estuviese en el contorno de ella; y que pues había tenido tan buenos principios en el de barbero y sabía levantar tan bien un bigote, que quería que prosiguiese con él; y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas é irme con ellas, como había hecho con su amigo Bernardo Vadia; que ya aquella estaba pagada, pero que si proseguía en mis travesuras, que no lo tuviese por mi padre, sino por mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pudiese en la calle antes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar á su palabra, como al fin hijodalgo, me llevó á la barbería de un maestro catalán, que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él, y hallólo muy duro y muy lejos de recibirme, por estar informado de mi mala opinión y poca estabilidad. Salí mi padre por fiador de cualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviese en su casa, y le prometió pagar cien ducados si dentro de un año le hiciese falta de ella; pero que si asistiese y cumplierse el plazo, que él me había de dar á mí veinte para que hiciese un vestido. El maestro, contentándole el partido, y que tenía por cosa segura el irme yo y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante notario, yo quedé á ser aprendiz, y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fué el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando mas cada día que aprendiendo.

Tratóme este maestro con mas respeto que el primero, pues el otro me enseñaba á lavar pañales, y este á